



Portada: Jaime Landívar

ÍCONOS

REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 4. - Diciembre - Marzo, 1998

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR

ARQ. FERNANDO CARRION

EDITOR ICONOS

FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS

SEBASTIAN MANTILLA BACA

COLABORADORES EN ESTE NUMERO

MICHEL RAWLAND
ADRIAN BONILLA
GERMANICO SALGADO
JULIO ECHEVERRIA
ALEX PIENKNAGURA
ABDON UBIDIA
QUINCHE ORTIZ
EDUARDO KINGMAN
JAIME LANDIVAR
SILVIA MEJIA
CARMEN MARTINEZ
ANDRES GUERRERO
JAVIER BONILLA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR

DISEÑO: Luis Ochoa LL.

IMPRESION: Eclimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria

Teléfonos: 232-029
232-030 232-031 232-032

Fax: 566-139

E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

COYUNTURA

Perspectivas del sistema electoral ecuatoriano **4**
MICHEL ROWLAND

Heterogeneidad, legitimidad e incertidumbre **9**
ADRIAN BONILLA

ACTUALIDAD

Globalización e integración en América Latina **18**
GERMANICO SALGADO

POSMODERNIDAD

La 'irrepresentabilidad' de la política **32**
JULIO ECHEVERRIA

El nebuloso sistema posmodernista **44**
ALEX PIENKNAGURA



Modernidad y posmodernidad **54**
ABDON UBIDIA

CULTURA Y GLOBALIZACION

De los medios a las mediaciones o las preguntas por el sentido **62**
QUINCHE ORTIZ

¿Qué es lo que hace pequeñas a nuestras ciudades? **68**
EDUARDO KINGMAN

DIALOGOS



Los círculos viciosos del presidencialismo **81**
ARTURO VALENZUELA

FRONTERAS

Cuba: ¿No más cambios por ahora? **89**
SILVIA MEJIA

Racismo, amor y desarrollo comunitario **98**
CARMEN MARTINEZ

ENSAYO

Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria **112**
ANDRES GUERRERO

RESENAS

Reseñas bibliográficas: **124**
- El Estado como solución
- Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau
- Los espectros de Marx
- Ecuador: Señas particulares

EL NEBULOSO SISTEMA POSMODERNISTA

Los conceptos de posmodernidad y posmodernismo buscan dar sentido a una actitud hacia la vida, a una cierta sensibilidad y a un ethos

Por Alex Pienknagura
 Profesor de la Universidad San Francisco de Quito

Si uno puede darse el lujo de trabajar en las humanidades, si le ha tocado la suerte de gozar de una cierta autonomía y no tener que luchar a diario para satisfacer sus necesidades básicas, es muy fácil que se enfrente al prejuicio de que dedica su tiempo a una actividad impráctica, tal vez inservible. De modo seguramente defensivo, al cuestionamiento sobre la utilidad del trabajo intelectual, se podría responder que es un trabajo que no está al servicio del culto a las mercancías. Una posible respuesta en nombre de una concepción estrictamente utilitaria de lo útil y lo práctico, sería que quien dice querer saber de qué sirven la filosofía, la literatura, los estudios sociales o la historia, está de antemano convencido de que en el mejor de los casos sirven, como reza el clisé, para enriquecer la cultura general, y que está convencido de ello amparado en el triunfo y la inexorabilidad aparentes de la racionalidad técnico-científica, el capitalismo, y los demás integrantes del panteón contemporáneo. Pero así sea con aires de superioridad, con sarcasmo o como respuesta a una curiosidad genuina, el sólo preguntar sobre la uti-

Postmodernismo y posmodernidad constituyen una praxis intelectual que interpreta el pasado, configura el presente y se proyecta al futuro

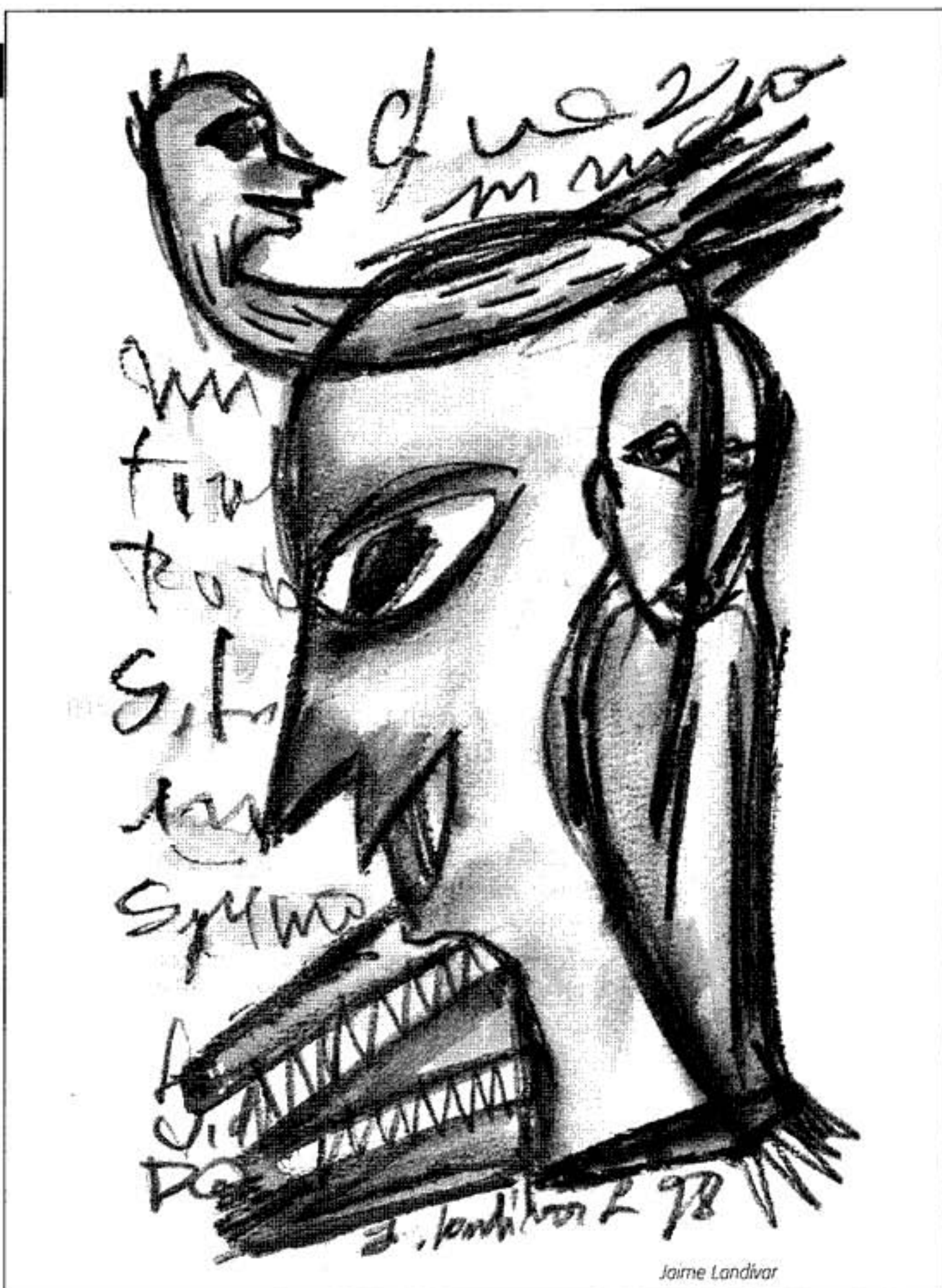
lidad del trabajo intelectual es dar un paso, así sea tímido, hacia la desmitificación de la praxis, para dejar de entenderla como una realidad inmutable, como un destino fuera del alcance de la volición y conciencia de los seres humanos.

Cuando la inquietud es genuina, preguntar es ir más allá de lo inmediatamente dado, relativizar lo que por su familiaridad nos da la sensación, a veces engañosa, de seguridad. Preguntar es empezar a salir de las fortalezas psíquicas en las que la egolatría, el nacionalismo jingoísta, el tribalismo, el esnobismo y otras formas de chauvinismo encierran a las personas. De otro lado, no es obvio que lo que según la ideología oficial en boga es útil, realmente lo sea. No cabe afirmar concluyentemente que los actuales patrones agregados de producción y consumo—los cuales, entre paréntesis, son perfectamente compatibles con una distribución menos salvaje que la vigente de los recursos económicos—sean sostenibles, y más bien no es irracional la sospecha que lo contrario es del caso, que vivimos un pragmatismo probablemente suicida.

LA ACOGIDA A LAS IDEAS POSMODERNAS

La amplia difusión de los conceptos de posmodernismo y posmodernidad pone en duda el escepticismo dogmático y soberbio con el que el pragmático sin sentido común acoge ideas filosóficas. Las palabras no son tan sólo palabras. No se trata de pretender zanjar a priori la cuestión acerca de si las ideas son causas o efectos de transformaciones históricas, pero sea como fuere los conceptos de posmodernidad y posmodernismo buscan dar sentido a una actitud hacia la vida, a una cierta sensibilidad, a un ethos. Así como los jóvenes de la izquierda hegeliana se permitieron desdejar a Hegel, quien acudiendo a la famosa imagen del búho de Minerva sostiene en su Filosofía del derecho que la filosofía se limita a arrojar una mirada retrospectiva a lo acontecido, el posmodernismo y la idea de que actualidad es posmoderna ponen de relieve el poder del lenguaje, inclusive cuando se trata de prosa indecifrabable, para movilizar adeptos, demarcar feudos académicos, aceitar los engranajes de la industria del libro, redefinir la realidad social, revolucionar el trabajo intelectual; en fin, producir y no supinamente constatar los significados mediante los cuales los seres humanos construimos y reproducimos el mundo.

Los conceptos de posmodernismo y posmodernidad han estado en circulación durante casi dos décadas, han cruzado fronteras nacionales y culturales, y constituyen las banderas de toda una praxis intelectual a partir de la cual quienes adhieren a la causa interpretan su pasado, configuran su presente y se proyectan hacia el futuro. Es inservible el prejuicio según el cual el ideario posmodernista, al igual que otros idearios, no sirve para mucho, si es que de algo sirve. Si las ideas posmodernistas solo tuviesen un efecto exiguo en la práctica, entrar en conflicto discursivo con el éter posmodernista sería tal vez improcedente, no porque el debate intelectual sea una nimiedad, como suponen aquellos "hombres de mundo" que pretenden monopolizar el sentido de las palabras práctica y útil, sino porque hay tareas todavía urgentes, como la de perseverar en la crítica al neoliberalismo, que a pesar de que cree poder impulsar la racionalización de los mercados defiende en última instan-



Jaime Landívar

cia un sistema económico ineludiblemente irracional.

Más el que los conceptos de posmodernidad y posmodernismo se hayan constituido como dispositivos de una praxis teórica indiscutiblemente ruidosa e influyente no implica que sean lúcidos. Es más, no sería la primera vez que una ética y política del lenguaje—por no mencionar ideologías omni-barcativas, que tienden a ser extremadamente violentas—se estuviera apoyando en categorías vaporosas. Ahora bien, no es posible en un texto abreviado reconstruir fecundamente la historia de la filosofía posmodernista o delinear siquiera sus contornos actuales. Pero ya la elaboración crítica de algunos de los motivos menos borrosos de dicha filosofía es poco alentadora, puesto que pone de relieve la tendencia del ideario posmodernista a empantanarse en contradicciones improductivas. Claro que rastrear la historia de conceptos, seleccionar temas

y criticar su incoherencia es participar de una hermenéutica que podría ser ajena a la cínica sensibilidad posmoderna, algunas de cuyas vertientes niegan la presencia del pasado en el presente, defienden una suerte de anarquismo semántico y festejan el caos conceptual. Tal vez sea petulante señalar que es incoherente criticar en nombre del nihilismo todo intento de jerarquizar ideas. En cualquier caso, ser consecuente con el rechazo, ya sea pensado o irreflexivo, a la autoridad de todo criterio racionalista de diferenciación entre mejores y peores ideas implicaría arrojar al estudio interminable de textos. Inclusive en las librerías que se subordinan a carta cabal a la peculiar lógica del mercado en países con una industria dinámica del libro, encuentra uno miles de tomos que versan sobre la causa posmodernista. La red informática global fue aún más prolífica en una consulta reciente: Infoseek incluye 8.497 páginas que contienen referencias al posmodernismo; Alta-Vista menciona 3.393 documentos en los que figura la palabra posmodernidad; mientras Northern Light apunta a 17.470 ítems relativos al posmodernismo y a 3.872 que incorporan el término posmodernidad. Los amigos posmodernistas recordarán seguramente la agudeza con la que Nietzsche se mofa en *Así hablaba Zaratustra* de los intelectuales convertidos en vacas ruminantes y comprenderán que la vida es demasiado corta como para hacerle justicia a la idea de que todo discurso vale. Por otra parte, aproximarse a textos posmodernistas mediante una hermenéutica dialógica puede traer consigo dolores de cabeza difícilmente tratables. Si uno recurre a criterios de rai-gambre logocéntrica, como el de la crítica racional, se expone a que le echen en cara que burdamente está introduciendo valores interpretativos ajenos al objeto de estudio; mientras que si busca hacerlo mediante la llamada observación participativa, corre el riesgo de violentar el ideal de la agonística discursiva defendida por Lyotard, patriarca del posmodernismo. Una de las marcas distintivas del huidizo ethos posmoderno es que ha conseguido ampararse en una buena póliza de seguros contra la crítica, y esa es una de las razones por las cuales valdría la pena desempolvar la palabra burgués a ver si exitosamente se aplica a dicho ethos.



LA GENEALOGIA DEL ETHOS POSMODERNA

¿Pero qué cabe afirmar en pocas líneas acerca de la genealogía del ethos posmoderno? En tanto que filosofía, el posmodernismo parece cristalizar alrededor del escepticismo frente a la metafísica y la conceptualización, que en la historia de la filosofía occidental ha tenido diversos exponentes, entre ellos el nominalismo y su heredero, el iluminismo, el empirismo, el positivismo y el pragmatismo. Los conceptos son abstracciones, y encajan sólo parcialmente con los particulares a los que pretenden referirse. El concepto de caballo es reductivo frente a los atributos de los múltiples ejemplares a los que agrupa. Las filosofías y las teorías sociales más avanzadas ensayan una conceptualización autocrítica, que se vale de conceptos para aludir a la insuficiencia de los conceptos para con su campo referencial. Weber, por ejemplo, entiende los conceptos como tipos ideales, e insiste en la necesidad de

construir constelaciones conceptuales para empezar a hacerle justicia a un mundo social infinitamente complejo y procesal. Un concepto economicista del capitalismo es reductivo, ya que pasa por alto las mediaciones políticas, psíquicas y culturales, entre otras, de los intereses económicos de las personas. Adorno, por su parte, busca —tal vez infructuosamente— deslindarse del idealismo mediante una crítica a lo que él denomina pensamiento identitario. En la *Dialéctica negativa* sostiene que el ideal cognoscitivo consistiría en valerse de conceptos para abrirse a lo no conceptual. Wittgenstein, en cambio, favorece una suerte de principio de tolerancia epistemológica a partir del cual aboga por el reconocimiento de las diversas maneras de interpretar el mundo. El posmodernismo en sus diferentes vetas no llega a estar a la altura de las ideas más avanzadas, a pesar de que haciéndose eco de ellas busca en algunas de sus versiones activar un pensamiento peregrino y ajeno a la sistematización. Un cierto posmodernismo deriva de Hume la tesis de la fragmentación, de la dispersión del self. A Nietzsche deben algunos feligreses posmodernistas el perspectivismo, es decir, la decisión de dejar de lado la preocupación que parece originarse en la

Grecia antigua por encontrar la verdad. Schelling anima a algunos a tratar de superar el logocentrismo, mientras que Heidegger impulsa el rechazo al esencialismo metafísico. En armonía con el conservadurismo europeo, los posmodernistas tienden a repudiar las filosofías racionalistas y progresistas de la historia. En fin, parece que el posmodernismo amenaza con cuajar como crítica a la creencia iluminista en que el uso de la razón habría de emancipar a los seres humanos de las cadenas del pasado, o sea, de lo que para los ilustrados es el peso opresivo de la tradición, la superstición, el dogma y la obediencia ciega a la autoridad. No es que haya mayor claridad respecto de si el posmodernismo, en consonancia con el positivismo, valora el mito de la neutralidad valórica y pretende describir "objetivamente" una nueva época en la historia, o si se posiciona críticamente frente a la modernidad. Sea ello como fuere, si los posmodernismos no están a la altura de las filosofías más avanzadas de las cuales se nutren, es porque irreflexivamente se arriman en conceptos huecos, a pesar de sus intentos de ironizar el uso de conceptos. Es como si la conciencia del devenir, la dispersión, el caos y el conflicto discursivo centrada en el reconocimiento de que los cimientos teóricos son arena movediza, produjera tal vértigo que los viajeros posmodernos necesitasen refugiarse nostálgicamente en categorías etéreas convertidas en mitos fundacionales. Los conceptos de posmodernismo y posmodernidad pretenden a nivel de los símbolos suturar, para hacer referencia a la metáfora médica preferida por Lacan, una realidad traumatizante.

En armonía con el conservadurismo europeo, los posmodernistas tienden a repudiar las filosofías racionalistas y progresistas de la historia

UNA BORROSA AMALGAMA

Mediante el concepto de posmodernismo se designa una borrosa amalgama de ideas filosóficas, politológicas, sociológicas, antropológicas y estéticas a partir de las cuales se ofrece una lectura del presente. En otras palabras, esas ideas son instrumentos con los que se pretende ordenar, clasificar, categori-

zar, es decir, dar coherencia a un campo intelectual y a una realidad social que no obstante han sido interpretados por los posmodernistas como paralógicos—como lo pondría Lyotard—, fragmentados, desestructurados, conflictivos. También la metafísica posmodernista—una verdadera ética y política del discurso, las instituciones académicas, la cultura popular, el arte y las relaciones entre las personas—quiere constituirse como sistema conceptual cerrado, mas los conceptos-paraguas mediante los cuales trata de protegerse de la tormentosa realidad social de nada servirán para impedir el inevitable naufragio, hoy en día en ciernes, de dicha metafísica.

Por más que uno plantee la pregunta ¿qué son la posmodernidad y el posmodernismo? reconociendo que los términos en cuestión son polisémicos, no deja de exponerse a la

sospecha que esa pregunta es tendenciosa. Desde cierta lectura, la pregunta parece dar por sentado lo que el posmodernismo, al menos en algunas de sus encarnaciones, pone en duda, y es el uso esencialista del lenguaje. La pregunta se vale de una de las conjugaciones del verbo ser, verbo que según ciertas críticas posmodernistas a la metafísica funge como diabólico mercenario de un pensamiento cuyo nefasto, insidioso y no del todo domeñado poder se ha centrado en la categorización, en la asignación de identidades inmutables.

¿Por qué suponer de antemano que hay un solo posmodernismo o que la palabra posmodernidad tiene un referente unívoco? ¿Qué autoridad cobija a Aristóteles, parecen preguntar los que se oponen a la canonización de ciertos textos de la filosofía occidental, cuando en nombre de la tiranía logocentrista desaconseja, o tal vez busca proscribir, el uso equívoco de los conceptos? Además, como nos lo recuerda Foucault, apóstol de algunos de los posmodernismos, a todo deseo de saber lo impulsa una voluntad de poder, o—siguiendo a Horkheimer y Adorno—de dominación conceptual de la naturaleza. A los posmodernismos, si algo los define, es una cierta hostilidad para con todo intento de

definirlos.

Se podría alegar, claro está, que Lyotard esboza algunas definiciones. En su "informe" acerca de lo que iconoclastamente concibe como el estado actual del conocimiento, Lyotard define el posmodernismo como un movimiento eminentemente estético opuesto al culto modernista de lo nuevo, y la condición posmoderna como la incredulidad frente a narrativas omnicomprendivas. Las definiciones de Lyotard dan la impresión de ser crédulas y de afincarse en un discurso que, como suele suceder en casos de conflicto, se mimetiza a su adversario, es decir, a lo que él llama metanarrativas. Pero es prematuro acusar a Lyotard de ser inconsecuente. Una acusación de esa índole coloca a Lyotard en el terreno conceptual que él parece querer no pisar, a saber, el del fundacionalismo, valga el anglicismo. Después de todo, el principio de la no contradicción y la crítica a la incoherencia pertenecen al espacio de la lógica deductiva, que como uno de los pilares del pensamiento occidental ha privilegiado el ideal de la demostración racional, es decir, de la demostración a base de fundamentos.

Desde una perspectiva racionalista, el libro *La condición posmoderna* aparenta viajar a toda velocidad y sin frenos hacia el pantano de la contradicción, pues da por sentada la superioridad del juego del lenguaje a partir del cual se afirma que no hay manera de ubicarse fuera del espacio de la agnóstica de los juegos de lenguaje para dirimir los conflictos discursivos. Mas no se conoce forma alguna de demostrar lógicamente la validez de un discurso. Lyotard incurre, más bien, en una falacia eminentemente moral y política. Luego de—intencionadamente o no—contribuir mediante la distin-

ción entre saberes locales y discursos universalizantes a la crítica al imperialismo teórico, a logocracias que como en el caso de la internacional neoliberal menosprecian las diferencias, cae en el nihilismo del todo vale. Lyotard concibe el espacio de la comunicación como un espacio descentrado en el que a ningún ideario le corresponde la primacía moral, política o epistemológica, excepto que la condición posmoderna parece presuponer la superioridad de una ética del disenso. El elogio abstracto y ahistórico de la polivalencia, sin embargo, no encaja con la ontología del presente. Las éticas que reclaman la

validez universal de la tolerancia son hoy en día extemporáneas, y pasan por alto lo intolerantes que son las prácticas económicas, culturales, políticas y ecológicas vigentes. No deja de extrañar lo enraizadas que están algunas formas tradicionales de dominación inclusive en aquellas instituciones en los Andes hodiernos cosmopolitamente comprometidas, al menos dientes para afuera, con la importación de valores liberales. Pero sería injusto dejar de reconocer que en varias entidades comerciales, médicas, industriales y educativas que pretenden eternizar el sistema de la hacienda, el amo patrón ha aprendido a usar tarjetas de crédito. Es de suponer que el

sincretismo histórico de tales instituciones se presta para una lectura posmodernista, mas no hace falta acudir a una mala muleta conceptual en aras de alumbrarlo. Abogar por que se tolere el presente es abogar por la aceptación de la intolerancia sistematizada.

Cabe acotar que la aporía a la que conduce el rechazo metafísico a la metafísica no es privativa de Lyotard. Rorty alaba el concepto kunderano de liviandad y las supuestamente posmetafísicas, livianas, experimentales y plásticas identidades liberales. De manera esencialista, y con todo el peso de su



infundada fama, sin embargo, Rorty se compromete con una metafísica, ética y política de las identidades personales al insistir en la superioridad del concepto liberal de libertad. Dicho concepto no se limita a figurar en el campo de las disputas filosóficas; una de las versiones de ese concepto, por ejemplo, sirve de munición en el arsenal de los ingenieros sociales neoliberales.

La idea de que se ha generalizado la incredulidad frente a discursos omniabarcativos, entre los cuales Lyotard ubica a la ciencia experimental moderna y al marxismo, podría interpretarse como una reformulación de la teoría weberiana del desencantamiento del mundo. Claro que a diferencia de Weber, Lyotard se queda con un filosofema, pues guarda silencio acerca de la localización histórica, geográfica, cultural e institucional de la incredulidad. ¿A quiénes cobija la incredulidad? ¿A quiénes les sirve de muleta? La especulación desmaterializada puede conducir a pensar prematuramente que ciertos sueños se han hecho realidad. Lyotard escribe como si la utopía de un campo discursivo descentrado hubiera reemplazado a las estructuras comunicativas contemporáneas, que no han dejado de concentrar en pocas manos un poder avasallador. Lo único descentrado acerca de Sony Entertainment, el imperio noticioso de Murdoch, el conglomerado Time-Warner o la



CNN es su brújula moral y política. También es especulativa la interpretación de Lyotard del marxismo y la ciencia. Es indudable que entre el estancamiento, la anomia y el cinismo que caracterizaron al burocratismo soviético, para no hablar de la barbarie estalinista, y la idea de una sociedad en la que los individuos se auto-crearían como seres humanos li-

bres y solidarios, hay una brecha abismal. Tampoco cabe duda de que el cientificismo pierde de vista la incapacidad de la ciencia para dar respuesta científica a preguntas cruciales, como aquellas que indagan acerca de la función social y la deseabilidad de la investigación científica y las innovaciones técnicas. Pero Lyotard deja de lado la incredulidad al interpretar el marxismo y la ciencia como si el colapso del socialismo burocrático y las rigideces de la ideología cien-

Con la posmodernidad se ha generalizado la incredulidad frente a los discursos omniabarcativos

tificista fueran todo lo que cabe decir sobre los textos de Marx o sobre la relación entre las ciencias experimentales y la sociedad. A base de una lectura reduccionista del marxismo y la ciencia moderna, Lyotard los transforma en metanarrativas. Parecería que estuviese proyectando, en el sentido freudiano del término, el espíritu de sistema característico de *La condición posmoderna*,

en la compleja historia de formaciones discursivas adversarias. En todo caso, mientras Weber sostiene que la modernización en Occidente es desacralizante, que el desarrollo de la racionalidad técnico-científica va de la mano de la desarticulación de cosmovisiones míticas, animistas, mágicas y religiosas, Lyotard sugiere que la hegemonía de dicha racionalidad ha entrado en crisis, que la ciencia universalista se apoya en un mito en proceso de desmantelamiento, según el cual el conocimiento científico es superior a las narrativas locales. Parece, entonces, que la filosofía de la historia que Lyotard prefiere no es rupturista. Lyotard estaría entendiendo la posmodernidad como la continuación de la desmitologizante modernidad, iluminada magistralmente por la sociología weberiana. La diferencia entre Lyotard y Weber radica en que el primero arroja una mirada escéptica a formaciones discursivas e instituciones que paradójicamente habrían sido en tiempos modernos acríticamente aceptadas. Es decir que la posmodernidad, tal como Lyotard aparenta concebirla, no rompe definitivamente con el pasado. El posmodernismo en algunas de sus vetas rechaza el mito de lo radicalmente nuevo y el optimismo futurista con el que desde Baudelaire se identifica a una modernidad en busca de enterrar el pasado. De ahí que en nombre del posmodernismo se privilegie a veces el concepto de nostalgia, y que en películas como la salvaje *Pulp fiction*, para mencionar uno entre múltiples ejemplos posibles, se cite fragmentos filmicos de la historia del cine. Más aún, el concepto de posmodernismo se ve ocasionalmente convertido en chicle. En junio de 1997, un misionero de la nueva fe, enojado profundamente con la tesis habermasiana según la cual Foucault incurre en una contradicción realizativa cuando argumenta que la voluntad de verdad refleja una voluntad de poder, aseveró que Platón ya fue posmoderno. La idea es que como Derrida mantiene que a la búsqueda logocéntrica de la coherencia la impulsa un deseo, y como Platón sostiene en la República que a la dialéctica la anima el deseo de alcanzar la sabiduría, ergo Platón

está entre los posmodernos. Si el posmodernismo tiende a cristalizar alrededor de la idea del descentramiento del campo intelectual, si es que se inclina a criticar la monopolización de la autoridad discursiva, entonces difícilmente cabe suscribirlo y a la vez descalificar perlas conceptuales como las que encierra el intento de convertir a la filosofía platónica en un ejemplo de la moda intelectual de turno.

Otros posmodernismos parecen reproducir lo que se le ha estado reprochando al modernismo, a saber, el culto de lo nuevo. Trías y Argullol sospechan que estamos viviendo un cambio epocal, cuyo telos no divisan, pero que les parece que apunta a la resacralización del mundo, a la recuperación del mito, por ejemplo. En una conferencia que Argullol dio en Quito hace algunos años sostuvo que a la sociedad solo puede vertebrarla el

mito, y que la crítica racionalista tiende a ser un disolvente de los lazos entre las personas. Pero sería incorrecto identificar la modernidad exclusivamente con el desencantamiento del mundo o con el dominio absoluto de la racionalidad instrumental. Al menos, como interpretación de la teoría weberiana de la diseminación de la racionalidad occidental o como interpretación de la Dialéctica del iluminismo de Horkheimer y Adorno, esa concepción de la época moderna es reductiva. En la Eti-

ca protestante, Weber anuncia, algo nebulosamente, el surgimiento de nuevos dioses, mientras que Adorno y Horkheimer conciben el cientificismo, la tendencial planetarización del cálculo económico y la profundización, ciertamente en el mundo noratlántico, de la dominación burocrática de los individuos, como indicios de una ilustración fallida, que deviene en su contrario, el mito.

A pesar de que los posmodernismos parecen coincidir en su aprobación de un pensamiento peregrino, que se nutre del perspectivismo y devenir nietzscheanos y de la idea de la realidad como un horizonte hermenéutico abierto, algunos de ellos se aferran a una reificación, a la equivocada tesis de que la era de la desmitologización ha llegado a su

Otros
posmodernismos
parecen
reproducir lo que
se ha estado
reprochando al
modernismo, a
saber, el culto de
lo nuevo

fin. Cabe agregar que Weber entiende sus conceptos como tipos ideales, como construcciones hipotéticas abocadas a ordenar conceptualmente una parte de la infinitamente compleja realidad empírica, mientras que la Dialéctica del iluminismo está conscientemente estructurada como una constelación de fragmentos filosóficos. En todo caso, si se insiste en periodizar la historia de manera rígida, como si una supuesta época posmoderna se deslindara de la desencantada modernidad, y pocas tareas interpretativas encierran tantas dificultades como el intento de periodizar la historia, se pierde de vista una de las marcas distintivas del mundo moderno, independientemente de si se afirma que la modernidad empieza en el siglo XVI, como sugiere Habermas, a fines del XVIII, según la preferencia de Foucault, o como fuere. Se pierde de vista que a la propagación de la racionalidad técnico-científica, a la conversión del homo economicus en modelo de la identidad personal y a la secularización de la autoridad política, las ha acompañado la idolatría de la ciencia y la técnica, la deificación de las mercancías y la obsecuencia frente al autoritarismo político. Si bien habría que respaldar empíricamente la tesis anterior, no sería infructuoso orientar la investigación a partir de la idea de que, mientras la ciencia y la técnica se han amparado en una especie de religión, el cientificismo; el mercado se ha anidado en un ethos economicista y en el hechizo de las mercancías, y la hoy en día terrena autoridad política no ha dejado de apoyarse en la fe en un poder aglutinante, como es el caso de los mitos nacionalistas. En resumen, el posmodernismo se tambalea entre concebir la posmodernidad como la prolongación o como el reemplazo de la era moderna. Tampoco está claro, como lo ha señalado John McGowan, si el posmodernismo celebra el supuesto advenimiento de la posmodernidad como si fuera una época de pluralismo moral y político, o si lo critica en tanto que consolidación del dominio de la racionalidad instrumental. De cualquier modo, podría parecer crasamente incoherente la tesis según la cual hay un posmodernismo crítico. La crítica, como diría Habermas, pretende ser válida; o sea que presupone que es superior epistémica y moralmente a su objeto. Los posmodernismos, sin embargo, dan la impresión de centrarse en el elogio del descentramiento discursivo. Un posmodernista crítico podría tal



v e z

sostener que, así como el Wittgenstein del *Tractatus* y sus admiradores positivistas ven el cientificismo como la última metafísica, como una escalera desechable que debería llevar a la cumbre de una filosofía entendida como la sintaxis lógica de la ciencia, la crítica a la tendencial globalización de la racionalidad instrumental estaría sembrando el campo para que por fin floreciera el respeto a las diferencias, a la otredad. Como fuere, el posmodernismo crítico no es sino un extracto del licuado de ideas hallables en obras de Marx, Schelling, Kant, Hegel, el Romanticismo alemán, Heidegger, Adorno y Horkheimer, Levinas y el Husserl de *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, entre otros, y no está claro qué es lo que se obtiene colocando esas ideas bajo la sombra del posmodernismo. Pero si uno de los posmodernismos es abiertamente crítico, los presuntamente liberales posmo-

deranismos de Rorty y Lyotard, que se posicionan escépticamente frente a la crítica a la ideología inspirada en Marx y al intento psicoanalítico de desenmascarar la subjetividad, no dejan de cobrar forma por la vía de la crítica, de la exclusión de alternativas discursivas.

Los lenguajes existentes identifican, recortan, seleccionan su campo referencial. Mediante la conceptualización se clasifica y se categoriza el mundo, se introduce diferencias en él y se lo somete a crítica, en el sentido de separar y discriminar, que el verbo criticar encierra. Por más que se use el lenguaje lúdica, sarcástica, irónica o cínicamente, todo acto discursivo activa valores, preferencias, inclinaciones, prejuicios, intereses y pasiones. Inclusive postulados científicos aparentemente incontrovertibles, como la ley de la gravitación universal, canalizan valores institucionales, incorporan diferencias de poder, apuntalan intereses cognoscitivos y expresan pasiones—la pasión por la teoría, por ejemplo. A pesar de que se tiende a enseñar las ciencias naturales como si consistieran de verdades puras, trascendentes e inmutables, toda aseveración científica se convierte en una abstracción vacía si se la aísla de las circunstancias materiales en las que se ve producida. Los enunciados científicos encierran toda una historia, la historia, por ejemplo, del conflicto que la ciencia moderna entabla con la astrología, la alquimia, el mito, la superstición, la magia y la fe. Como lo ha anotado Feysabend, en tanto que en el ámbito de la docencia la transmisión de conocimientos científicos tiende a afincarse en una concepción desmaterializada y deshistorizada de la práctica científica, ésta se convierte precisamente en aquello que dice no ser, es decir, en dogma. Los posmodernismos parecen que coinciden en querer deconstruir las pretensiones universalistas del logocentrismo, en rechazar concepciones naturalistas del lenguaje y en poner en duda la idea de que la verdad consiste en la correspondencia entre el lenguaje y su objeto. Pero al combatir el realismo, el objetivismo y el naturalismo

La transmisión de conocimientos científicos tiende a afincarse en una concepción desmaterializada y deshistorizada de la práctica científica

dogmáticos y simplistas insistiendo en el perspectivismo, en la ineluctabilidad de la interpretación y en la elasticidad hermenéutica, uno no se despoja de todo compromiso ontológico y valórico. El liberalismo, el relativismo, el pluralismo e inclusive el nihilismo deben ser entendidos como éticas minimalistas, pero de todas formas como éticas.

Tienen razón los posmodernistas cuando sostienen que los compromisos teóricos, morales y estéticos no son posibles de fundamentación teórica. Quienes de forma científicista han asumido que conocer implica conocer apodóticamente, es decir, según los cánones de la demostración lógica y matemática, han perdido de vista que su epistemología no puede ser fundada de la manera en que proponen establecer la validez de los conocimientos. A la creencia en que la certeza es deseable no la apuntala ciencia

exacta alguna. Pero de eso no se sigue que no hayan buenas razones—no se alude a razones concluyentes, que son probablemente inalcanzables—para diferenciar entre mejores y peores modos de relacionarse con la naturaleza y con las demás personas, o entre maneras bondadosas y violentas de formar a las futuras generaciones. No se procede *more geometrico* cuando se razona en consonancia con Platón que para estar bien con los demás es necesario que cada uno esté bien consigo mismo o cuando se adelanta la tesis según la cual hacer violencia es hacerse violencia. Pero el que no se proceda *more geometrico* no implica que quepa situar dichas ideas en el mismo plano moral que la barbarie. Un cierto posmodernismo ha contribuido a crear un clima de quememimportismo, y tal vez también de lo que



Nietzsche llama Schadenfreude, es decir, alegría frente a la desgracia. Claro que a la luz de un extremo destructivo siglo XX en vísperas de verse clausurado cabe examinar críticamente las filosofías progresistas de la historia que contribuyeron a ponerlo en marcha. Pero ello no significa que deban tener la última palabra aquellos posmodernismos que se centran en la tesis del descentramiento del espacio comunicativo, reclaman para sí la autoridad discursiva para abogar a destiempo por el anarquismo moral, desconocen su crítica a los discursos críticos, y a pesar del ruido que anuncia el fin de las ideologías defienden una ideología dedicada a silenciar a la crítica al capitalismo contemporáneo. Dicha crítica se rehusa a contemplar ludicamente la entronización de un productivismo y consumismo rapaces, de una racionalidad administrativa, técnica y científica suicida.

Sin embargo, tampoco la crítica al posmodernismo debe arrogarse la última palabra. La voluntad de construir sistemas cerrados de pensamiento no está exenta de responsabilidad frente a los crímenes del totalitarismo. La conceptualización, que es reificante por antonomasia, difícilmente puede hacerle justicia a un concepto polisémico como el de posmodernismo, que pretende referirse a procesos culturales, políticos, sociales y económicos enormemente complejos. Mas el posmodernismo, con la posible excepción de su ver-

tiante arquitectónica, parece resistirse a la comprensión, por más comprometida que esté con la exigencia moral de mantenerse abierta al diálogo hermenéutico. El posmodernismo baila simultáneamente en por lo menos dos fiestas: es el sello de una metafísica que pretende parcelar categóricamente la historia y es también un concepto comodín, que por buscar iluminar inclusive la situación social de los Andes precolombinos, como anotaba Fernando Bustamante, que por querer decirlo todo, termina difuminándose hasta no decir nada. Habiendo activado el piloto automático, es fácil interpretar la preeminencia en el mundo andino del eufemismo, el barroquismo en las formas de conducta y el nietzscheano baile de máscaras como pruebas del arribo de la posmodernidad o, quien sabe, de su vigencia desde tiempos remotos, como si las abstrusas ideas de Baudrillard por fin hubiesen encontrado un referente. Mas se puede pensar el exuberante mundo andino de maneras infinitamente productivas sin tener mecánicamente que refugiarse en la nueva metafísica, la cual se afinca en conceptos sin duda sexy, pero no obstante amorfos. No se trata de revivir el cadáver de la historiografía positivista, que solo durante un corto tiempo logró camuflar los compromisos ontológicos y valóricos que la orientaban. Pero en tanto que filosofía de la historia, el copioso posmodernismo es, hasta nuevo aviso, esotérico.

BIBLIOGRAFIA ABREVIADA

- ADORNO, Theodor, *Negative Dialektik*, Francfort, 1996.
- BAUMAN, Zygmunt, *Postmodern ethics*, Oxford, 1993.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, México, 1976.
- "What is enlightenment?" en *The Foucault Reader*, ed. Paul Rabinow, Nueva York, 1984.
- GELLNER, Ernest, *Postmodernism, Reason and Religion*, Londres, 1992.
- GIDDENS, Anthony, *The consequences of modernity*, Stanford, 1990.
- HABERMAS, Jürgen, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Francfort, 1985.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO,

Theodor, *Dialektik der Aufklärung*, Francfort, 1969.

- JAMESON, Frederic, *Postmodernism or, the cultural logic of capitalism*, Durham, 1991.
- LYON, David, *Postmodernidad*, Madrid, 1996.
- LYOTARD, Jean-François, "Intimo es el terror" en *Moralidades posmodernas*, Madrid, 1996.
- *La condición postmoderna*, Madrid, 1994.
- MCGOWAN, John, *Postmodernism and its critics*, Itaca, Nueva York, 1991.
- ZIZEK, Slavoj, *The sublime object of ideology*, Londres, 1989.
- "Multiculturalism—a new racism?" en *new left review*, 225, septiembre/octubre 1997.